

Historias modestas

Hay historias modestas, apenas pequeños cuentos, sin héroes, pero llenas de valor, anónimas, ignoradas y olvidadas, que a veces regresan y te cogen desprevenido obligándote a volver la vista atrás, a recordar personajes y hechos, que podrían no tener nombre propio sino la impronta de de una época y de unas vivencias. Estos recuerdos nos han estado acompañando, sobrevolando los avatares del día a día, y que de improvviso acuden a nuestra memoria mutilados por el paso de los tiempos. Ahora son fruto de nuestra mala memoria, pero que sin duda son el testimonio de algo que fuimos, que somos, y que seguiremos siendo. ¿Hasta cuándo?

ZAPATERO REMENDON

Tenía en su garganta un jilguero, y la maestría de sus manos convertía su oficio en arte. Para cantar, a falta de buena guitarra, se acompañaba con el sonido del martillo al golpear sobre las suelas por remendar. Se puede decir, sin faltar a la verdad, que Rafael aupó la autoestima de los zapateros remendones hasta cotas nunca alcanzadas hasta entonces. El tal oficio de zapatero remendón, socialmente, estaba reservado, y bien visto, para hombres con algún tipo de minusvalía física, y que pertenecieran a la clase social más marginal. Rafael, a parte de su falta física, tenía una manifiesta cojera, era un hombre atractivo, con una presencia de caballero decimonónico. Aseado y pulcro en su vestimenta, aunque fuese ésta la de trabajo, siempre se le podía encontrar en perfecto estado de revista.

A Rafael nunca se le oyó menospreciar a su oficio, ni renegar de él. A lo más que llegaba a pensar, nunca a expresar en voz alta, es que un nombre como el suyo, Rafael, le vendría mejor a un cantaor de flamenco o a un torero, que a un zapatero remendón. Pero nunca que pensaba así, lo hacía como menosprecio de su oficio, si no como una oculta querencia a los otros dos. Aunque no lo confesase, a él le hubiera gustado ser cantaor de flamenco o torero, o las dos cosas a la vez de ser posible aquello.



Rafael tenía montado su modesto taller en la buhardilla de su casa. Allí arriba, aislado del trájín de la calle, es donde el soñador daba rienda suelta a sus fantasías. Por el tragaluz veía los tejados de las casas vecinas, y aquel panorama le hacía sentirse por encima de la vida más abajo, y que hasta entonces pocas cosas buenas le había ofrecido. Allí arriba, en el recogimiento de las horas en que los clientes no venían a importunarle, Rafael soñaba. En sus sueños convertía el perímetro del tragaluz en la boca de un gran escenario, y los tejados eran el patio de butacas repletas de espectadores dispuestos a aplaudir su arte. Rafael avanzaba hacia el proscenio llevando de la mano una silla en la

que se sentaba, como un sacerdote oficiante, antes de que la guitarra hiciese sonar su flamante rasgueo. En ese momento, el artista, liberaba al jilguero que habitaba en su garganta, y la melancólica melodía de una zambra, o el desgarró de un fandango, traspasaba el tragaluz, y saltando sobre los tejados bajaba hasta la calle. Al embrujo de su arte, que parecía bajar desde el cielo, más de un convecino acompañaba al ensueño del jilguero.

El zapatero cantor intervenía en todos los festivales benéficos que se organizaban en el pueblo y en otros lindantes. Allí realizaba su sueño de ser aplaudido por sus admiradores. Siempre estaba disponible para cualquier demanda que le llegase, y a la hora de enseñar a algún futuro cantante, siempre se le encontraba en su papel de maestro. De noche, ya cesado el trabajo en el desván, en su casa siempre se podía oír el torpe gorjeo de un aprendiz. Acudían al maestro para perfeccionar su estilo y su voz. Luego, en el debut de sus discípulos ante el público, él siempre estaba allí para apoyarles. Nunca se escondió a la hora de evaluar su papel como maestro, y sus alumnos le apreciaban por ello. En un rincón de su casa, junto al hogar, se hacía acompañar de la radio en programas como: “Lluvia de Estrellas”, “Fin de Fiesta”, o, “Carrusel Fin de Semana”, donde podía escuchar a sus ídolos de la canción.



Su maestría en el oficio era conocida, y admirada. Las medias suelas bien pegadas; la hebilla de la sandalia en su sitio; el tinte en su justa medida; y el lema: “frotar bien con el trapo, y meter bien el cepillo”, era llevado hasta sus últimas consecuencias. Desde el fino charol, hasta la más modesta piel o badana, salían de su taller relucientes, regalando a la vista destellos de estrella, como muestra de su maestría y buen hacer.

A lo que Rafael renunció voluntariamente, fue a salir los domingos, con su caja de limpia a cuestas, hasta la Plaza Mayor para ofrecer sus servicios a los clientes. Unos ya salían de Misa de Nueve, y los más se preparaban para acudir a la Misa de Doce. Todos, todos, querían lucir el brillo de sus zapatos. ¿Y qué mejor brillo que el que sacaba el maestro Rafael? Por ello, la cola, delante de su caja, se hacía larga. Y a él ese trato casi íntimo con sus clientes, con los pies de sus clientes, siempre le había gustado. Pero ocurrió un hecho que le hizo desistir de aquella sana ocupación. Un domingo apareció en la plaza un forastero con la caja de limpia al hombro, a Rafael aquello no le disgustó, habían clientes de sobra para dos limpias, aunque mirando fijamente no le gustó el semblante torvo de aquel individuo. Su mirada era inquietante, aunque Rafael, retirando aquella negativa impresión, lo atribuyó a que tal vez tuviese algún defecto en la vista.

Los clientes que esperaban turno para limpiarse los zapatos, también debieron de notar algo en el forastero que no les gustó, y nadie abandonó la cola ante Rafael para acercarse hasta el nuevo limpia. El forastero, al ver la actitud de los clientes respecto a

su servicio, o tal vez porque no tenía nada que perder, comenzó a molestar a los clientes con frases malsonantes, y con una actitud amenazante hasta que la Pareja de la Guardia Civil intervino conminando al maleducado a abandonar el pueblo. El individuo, viendo que allí no tenía nada que hacer, se acercó hasta Rafael, le amenazó de palabra, y le dio una patada a la caja derramando su contenido por el suelo de la plaza. Luego abandonó el pueblo y nadie le volvió a ver más por allí. Pero el zapatero, tras aquel incidente, y aunque salió victorioso de él, decidió no volver a la plaza. Alegó estar haciéndose viejo y cansado del trasiego de todos los domingos para cesar en aquella actividad dominical.

Rafael llegó a zapatero remendón porque, como ya hemos comentado, era su destino, o al menos su destino más cierto. Hijo de una familia humilde de braceros del campo, peones de albañil y chicas de servicio, él, en desventaja en aquel mundo rudo de trabajos casi forzados, por su minusvalía le quedaban muy pocas salidas profesionales. Su madre, madre al fin, quiso apartar a aquel hijo enfermizo del posible destino de pedigueño viviendo de la caridad ajena, y le buscó ocupación como aprendiz de zapatero.

Lo de cantar le fue viniendo poco a poco, influenciado por su nueva ocupación. Los domingos por la mañana, muy temprano, antes del primer toque de misa, el aprendiz de zapatero, cargaba con su pañolón de fuerte tela azul lleno de zapatos recién limpios, daba comienzo al reparto domiciliario del género, recorriendo las calles del pueblo. Durante el recorrido, y contento por las propinas ya recibidas, y por las que quedaban por recibir, iba cantando a pleno pulmón alegrando los oídos de las mujeres que, pese a la temprana hora, ya estaban barriendo sus calles.

Rafael era muy aplicado y trabajador, y pasó muy poco tiempo, cuando se podía considerar, al menos así opinaban muchos de los clientes, que había superado a su maestro en lo de remendar y limpiar zapatos. Entonces vinieron malos tiempos. Tiempos de odio y violencia, y Mariano, que así se llamaba su maestro, hombre comprometido y de ideas avanzadas, fue una de las víctimas de aquellos tormentosos tiempos. Y Rafael se convirtió, muy a su pesar por las circunstancias, en el maestro del taller, y también en propietario del mismo.

Así transcurría la vida de Rafael entre latas de betún, fandangos y alegrías, y sus sueños de torero. Con los adelantos de la ciencia, que es una barbaridad, llegó a las tiendas el “Kanfor”. Un tubo lleno de cera líquida, **“para limpiar el calzado sin tener que frotar”**, y que redujo su clientela a menos de la mitad. Rafael tampoco se quejó del invento ni de las consecuencias que tuvo para su negocio. En realidad le vino bien, él se sentía ya mayor y cansado de tanto dale que dale al cepillo, y decidió retirarse y echar el cierre al desván. Colgó el mandil, guardó la herramienta en un viejo baúl, se colocó la corbata y se fue al casino a jugar al dominó.



Emilio MARIN TORTOSA